

YOLANDA QUIRALTE

**EL
CHOCOLATE
NO HACE
PREGUNTAS**



*El chocolate
no hace preguntas*

Yolanda Quiralte

Esencia/Planeta

© Yolanda Quiralte, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Vitaly Korovin y Por Natapob, Shutterstock / Tipografía: © Hekla - Shutterstock

© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-21355-0
Depósito legal: B. 12.550-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Cumbres borrascosas



Emily Brontë

A Sara se le daba bien encontrarse con idiotas. Hacía muchos años que había dejado de creer que era por pura casualidad, así que, resignada, una vez más se colocó la paciencia en el lugar de siempre, la punta de la lengua, y respondió:

—Demasiada cabeza para tan poco cerebro.

Fin de la cita a ciegas.

Las anteriores no habían terminado de una forma mucho más ortodoxa. Por alguna razón, desconocida hasta la fecha, tenía cierta tendencia a utilizar el cerebro y sus elementos en los alegatos finales: «Tus neuronas no saben realizar sinapsis, te caíste de pequeño y se te aplastó el cerebro contra el frontal, sufriste falta de oxígeno al nacer...», y alguna que otra retahíla que la hacía salir con dignidad de los miles de citas que sus amigos le proporcionaban sin descanso, así que, por una vez en su vida, decidió independizarse de ellos y buscarse la próxima ella solita.

Para ello sólo necesitaba dos cosas:

1. Valor.
2. Una buena excusa.

Hallar lo primero iba a ser complicado, pero lo segundo acababa de proporcionárselo el escaparate de una librería junto al que se había parado para comprobar si llevaba bien pintados los labios, que una cosa era haber huido de una cita espantosa y la otra ir hecha un adefesio.

ATRÉVETE A PARTICIPAR EN NUESTRAS CITAS A CIEGAS
EL PRÓXIMO VIERNES, DÍA DE SAN VALENTÍN

Quizá era por la falta de sexo desde hacía casi una década, bueno, vale, un año o... dos sólo, pero es que había cosas que se echaban tanto de menos que le daba la impresión de que vivía sin ellas desde el instituto; la cuestión fue que se sintió tentada de participar.

Un año y siete meses. Desde que Roberto le rompió el corazón. ¿Quién iba a decirle que su novio de siempre, aquél con el que estaba destinada a casarse y procrear cuando tuviera tiempo para la relación y para él, iba a dejarla por una mujer doce años mayor que ella y que, para más fastidio, era su casera? La de los dos. Un desastre para su alma y, sobre todo, para la confianza hacia los hombres. Fulminada, desaparecida. Extinguida. *Caput*.

Soltera. Desconfiada pero inteligente, así se definía. Y valiente también, ¿por qué no? Animada ante su nuevo yo, o lo que comenzaba a atisbarse de él, empujó la puerta de cristal de la librería y cruzó el umbral..., o casi, porque uno de sus pies se quedó en el escalón por si de repente sentía la necesidad de huir.

—Buenos días —saludó alguien desde detrás del mostrador—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, a ver... —respondió sin saber muy bien lo que decía.

Entre que el corazón le latía a una velocidad similar a cuando se corre un maratón y que el contraste entre la luz de la calle y la de dentro del local era lo más parecido a la noche y el día, se sentía bastante perturbada.

—¿Estás mareada? ¿Quieres sentarte? —le propuso la voz desconocida.

Era un chico. De edad indeterminada. Esperaba que guapo, aunque en su estado actual, similar a la catatonía, ciega y medio sorda, no estaba muy segura.

—No, sólo necesito enfocar bien.

—¿Tienes problemas de visión? ¿Quieres que te ayude a entrar? Mira, da otro paso y alarga las manos, ¿ves? Ya te tengo —afirmó mientras se las agarraba—. No te preocupes. Aquí somos muy solidarios con las personas con discapacidad.

Sara respiró. Hondo. Profundo. Como quien se aguanta las ganas de reír.

—Me he deslumbrado al entrar. Fuera hace mucho sol.

—No te preocupes, admitir nuestras limitaciones es un gran paso.

—Anda, ¡si es usted sordo!

—¿Y usted ciega?

Sara entornó los ojos y meneó la cabeza. Cualquiera que la conociera habría identificado esos dos gestos como el inicio del subidón de su mala leche. Además, ya enfocaba bien.

—Veo a la perfección. Puede soltarme las manos.

El librero detectó el tono a la primera. Además, no le había gustado nada la forma en que la rubia medio cegata lo había mirado.

—No sabe lo que me alegro. —Lo que no sabía era si se alegraba de haber dejado de tocarla. ¿Qué era eso que lo había recorrido de los pies a las meninges?

—Estupendo entonces —resolvió Sara a la vez que rebuscaba algo en su bolso—. Ah, aquí están, ¡mis gafas!

—Ya decía yo que no veía un pijo...

—¿Perdone?

La estampida de sus amigas, llegado este punto, habría sido similar a la de los ñus en la sabana africana.

—¿Puedo ayudarla en algo, repito? —preguntó él rectificando cuando, por fin, dos ojos negros cargados de mala baba se posaron sobre su ser.

—Busco un libro, pero con lo grosero que ha sido usted, mejor me va a sacar una hoja de reclamaciones y así zanjamos este asunto.

—¿Qué asunto?

Bruno acababa de explotar. Y no en el sentido sexy de la palabra, no, en el otro. ¿Quién se creía que era aquella individuo para amenazarlo con la hoja de reclamaciones? ¡Pero bueno, si sólo se había preocupado por ella!

—El de su tendencia a ser maleducado, desde luego. Sáquela.

—¿Así, sin previo aviso? ¿Sin preliminares? —bromeó él, tan nervioso que, al parecer, sólo podía decir una estupidez detrás de otra.

—Grosero.

—Loca.

—¡¡He dicho que la saque!!

—¡No sea cochina, señora!

—Disculpe usted, pero soy señorita.

—Fíjese que no me extraña nada que esté soltera.

—Es usted un imbécil. ¿Lo saben en su casa?

—Sí, les dieron la noticia el mismo día que usted se cayó y le pisó la cabeza un tren.

—Lo que acaba de decir no tiene el más mínimo sentido.

—¿Y puede saberse por qué no lo tiene?

—Porque, como neurocirujana que soy, puedo asegurarle que si me hubiera pisado la cabeza un tren no estaría viva y, mucho menos, discutiendo con usted.

—¡Está muy chalada! Mire, vamos a calmarnos porque puedo jurarle que no estoy comprendiendo nada.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabía?

—Que tiene un bajo cociente intelectual. Se le ve a la legua, así que le pido disculpas. Le había presupuesto una inteligencia normalita.

—Toma pastillas, ¿verdad?

—No, ¿por...?

—Porque le hacen falta. Tres o cuatro al día. Hágame caso.

—Me cae usted muy mal.

—Me alegro infinito. Y ahora, si es tan amable, ¿quiere hacer el favor de irse de mi librería? No sabe usted lo tranquilo que estaba antes de que se le ocurriera abrir esa dichosa puerta.

—¿Me está echando?

—Es muy probable.

—¿Trata así a todos los clientes?

Bruno respiró. Respiró hondo, muy hondo. Con el diafragma, tal y como le habían enseñado en las clases de yoga a las que iba desde hacía un mes para combatir el estrés. Tener una librería en tiempos de lecturas digitales era algo así como hacerse el harakiri a diario, pero él era un hombre de fe y estaba seguro de que, con todas las nuevas propuestas, su amada Bookería saldría adelante.

—Mire..., ¿cómo se llama? —quiso saber tras oxigenarse.

—Eso no es de su incumbencia.

—¿Ha probado alguna vez a ser amable con los demás?

—¿Me está diciendo que no lo soy?

—¡Es evidente que no! ¿No se da cuenta?

—Admito que no he tenido un buen día —suspiró Sara—, tal vez sea por eso. Pero usted tampoco es un dechado de amabilidad. Lleva metiéndose conmigo desde que he entrado.

—Mi día tampoco está siendo espectacular, a la vista está

—replicó Bruno confuso—. ¿Qué le parece si nos tranquilizamos y la invito a tomar un café? Tenemos la mejor máquina de toda la ciudad.

—No estará intentando ligar conmigo, ¿verdad?

¿A esa chica qué demonios le pasaba?

Sara estaba preguntándose lo mismo. Desde que había mandado a hacer puñetas a su cita, todo estaba saliéndole mal. Bueno, todo, menos su prepotencia, porque, para ser honesta, el dependiente de la librería no estaba tirándole los trastos. ¡¿Y por qué no se los tiraba?! Autoestima *down*.

—Voy a hacer como que no he oído esa pregunta. ¿Quiere el cafelito o no?

—No me apetece un café.

—¿Un té?

—¿Es necesario?

—Mujer, tanto como necesario, no, pero me salen muy bien.

—La modestia tampoco es una de sus virtudes. —¿Por qué tenía que ser tan desagradable?

Bruno suspiró, con respirar ya no le entraba aire suficiente. Suspiró tanto que se atragantó y todo. Si no hubiera sido porque estaba nervioso perdido de mirarla, ya la habría mandado a... la mierda. Sí, allí. Lo malo era que habría ido a buscarla después. Si es que no se podía ser tan bueno en esta vida, ni ella ser tan atractiva. Vale, *stop*. Acababa de pensar, sentir, saber, que ella estaba buena. ¿Desde cuándo no se le pellizcaba así el corazón? Desde nunca. ¡Pero si los flechazos no existían!

—Entonces ¿qué hacemos? Se lo digo porque tampoco parece que tenga muchas ganas de irse de aquí —consiguió decir.

Muda. Muda se había quedado. Pues no, no tenía ganas de irse porque siempre era más entretenido discutir con un memo que irse fracasada y sola a casa.

El guantazo emocional le llegó al plexo solar. Sola y fracasada, ¡arrea con el pensamiento!

—Creo que tomaré el té que me ofrece —dijo después de titubear, enfadada consigo misma. ¿Desde cuándo valoraba el triunfo en el amor como el triunfo de la vida? Vale, sí, comenzaba a rayarse a nivel de un dios.

Mientras Bruno iba preparando el té, las cabezas de ambos hervían de histeria.

El uno porque se había enamorado. Así, de golpe, de forma irremediable y para cada uno de los días de su vida.

La otra porque pensaba que jamás se enamoraría. Acababa de verse en un piso solitario, pijo, rodeada de gatos y pantuflas. Lo de las pantuflas no lo comprendía muy bien, pero ahí estaban, con todas sus pelusas.

—Con sacarina, supongo... —Ese carácter agrio no era el de una mujer que se sentía bien con el azúcar.

—¿¿Encima me estás llamado «gorda»??

Explosión nuclear. Alerta mundial. Y fuera el trato de usted.

Bruno jamás había visto, oído, presenciado, imaginado tener delante de sus pupilas a una mujer tan alterada y con la capacidad de estallar en un microsegundo con tantísima facilidad. ¿Ahora qué había dicho?

—Me rindo —alegó, a la vez que iba levantando los brazos como si tuviera una metralleta en la sien—. Juro que no tengo ni idea de qué ha pasado desde el momento en que has entrado en La Bookería, y puedo asegurarte que mi propósito ha sido ayudarte cada segundo, pero de verdad que debo de haberme equivocado, y mucho. Te pido disculpas, si crees que es necesario. Yo ya no sé qué más decirte.

«Sólo me queda echarme a llorar y rezar para que te vayas»,

pensó, arrepintiéndose al momento porque, si ella se iba..., ¿qué iba a ser de él?

Su pensamiento quedó interrumpido cuando la vio coger un mechón de pelo rubio entre los dedos anular y meñique y enrollarlo a toda velocidad con el pulgar. Era hipnótico.

—Lo siento yo también —murmuró una voz femenina en un tono similar al que emplea cualquier niño cuando está confesando una travesura—. No es una excusa, pero hoy he tenido un día muy difícil y mucho me temo que lo he pagado contigo.

—Me llamo Bruno.

Vaya, encima tenía que llamarse así, debía tener el nombre «prohibido».

—Yo, Sara —dijo titubeando.

Aún estaba impresionada por el nombre que acababa de oír.

Bruno, ajeno a lo que ella pensaba, caviló que, si hubiera tenido un nombre más precioso, en ese mismo momento estaría desmayado entre libros y revistas. Que sí, que estaba enamorado. Loco, pero enamorado.

—No sé si decirte que estoy encantada de conocerte, y no me lo tomes a mal —apuntó ella ávida, intentando olvidar que se llamaba «así»—. Como te he dicho, desde que me he levantado hasta ahora, ha sido uno de esos días para quedarse metida en la cama leyendo...

A Bruno le sonó a gloria. Vio estrellitas a su alrededor, oyó a los ángeles tocar las trompetas, a las hadas cantar himnos de paz y amor, y la cara de sus amigos choteándose de él por haberse colado tan pronto por una mujer, guapa y sexy, pero medio zumbada. ¿O el zumbado era él? ¡Y qué más daba, si tenía al amor de su vida, a la madre de sus hijos, a su compañera de viaje, delante! ¡Madre mía, ¿qué diablos le pasaba?!

—... porque Roberto me dejó sin darme demasiadas expli-

caciones, salvo que se había enamorado de nuestra casera, una MILF fea de narices pero resultona, y desde entonces mis amigas sólo me preparan citas, una detrás de otra y cada una más espantosa que la anterior. Que yo no sé si tú me comprendes, pero mi vida es un desastre. Trabajo en el hospital con unos turnos horribles mientras sigo estudiando inglés. Voy al gimnasio, me dijeron que era bueno para paliar el estrés, bueno, eso ya lo sabía porque soy neurocirujana, pero, en fin, siempre va bien que te lo recuerden, y poco más. Sólo trabajo, estudio inglés, voy a citas insostenibles y al gimnasio. Y, sí, dejo el gimnasio en último lugar porque casi que es peor que ir a cenas con tíos que no me gustan nada. ¿Me estás escuchando, Bruno?

No, la verdad era que no la estaba escuchando, porque verla hablar ya era bastante espectáculo. Esa boca, qué delicia, por favor. Cualquier pintor del Renacimiento la habría dibujado. Ese cuerpo, cincelado bajo la magia del hechizo de Eros, y, Dios, esas piernas esculpidas por algún artista...

—... y, claro, ahora entro en una librería que en principio tenía buena pinta y me encuentro con que el dependiente...

—Dueño, si no te importa. He hipotecado hasta las córneas de mis ojos, pero soy el dueño —matizó, aún en plena disertación sobre arte.

—... con que el *dueño* se mete conmigo desde que he llegado. ¡Conmigo! Yo, que me he envalentonado para entrar y apuntarme a las citas a ciegas esas que anunciáis en el escaparate.

—¿Quieres venir a las citas a ciegas?

Bruno interrumpió sus pensamientos sobre artistas de épocas pasadas al instante. Acababa de quedarse estupefacto.

—¿No dices que odias las que te preparan tus amigas?

Vale, ahí él tenía razón.

—No se puede comparar. Ellas me conocen de toda la vida y he supuesto que aquí entra en juego el azar, esa fuerza de la naturaleza en la que no creo.

—¿No crees en el azar?

—No. Soy neurocirujana, creo recordar que te lo he dicho. ¿Ves? No me escuchabas.

Sara miró a su alrededor. Necesitaba sentarse, y los enormes sofás verdes estaban demasiado lejos. Discutir estaba resultándole bastante agotador. Además, había tenido una guardia complicada. A toda la gente le daba por ponerse enferma a la vez.

—¿Puedo? —preguntó cuando vio que detrás del mostrador había dos taburetes—. Los zapatos están haciendo estragos en mis pies.

Bruno asintió. El hecho de que ella nombrara sus pies le daba permiso para recorrer esas piernas maravillosas sin que pudieran tacharlo de mirón.

—Son unos zapatos preciosos —atinó a decir antes de convencerse de que, efectivamente, debía de haberle dado un chunco en la cabeza. ¿Dónde estaba el Bruno que tardaba un siglo y medio en enamorarse? Es más, ¿se había enamorado alguna vez? Que él recordara, sólo de la niña aquella de rizos cuando ambos iban a cuarto de primaria.

—Gracias —exclamó Sara sorprendida ante el piropo—. Deja de mirarme así.

—¿Cómo te miro?

—Como si tuvieras delante a una marciana. Sólo soy una chica que ha tenido un mal día, y deberías hacer algo para arreglarlo.

—¿Yo?! —preguntó alucinado una vez más. A lo mejor los cabrones de sus amigos le habían montado una cámara oculta. ¡Eso era! ¡Un rollo tipo «Inocente, inocente»! Qué pardillo, ¡había caído como un memo!

Buscó las cámaras, tenían que estar por algún lado. ¡Qué mamones! Empezó a reírse como un poseso. ¿Cómo podía ser tan idiota?

—¿Y ahora qué te pasa? —soltó Sara, descalza ya y con la taza de té entre las manos.

—¡Venga, va, te he pillado!

—¿A mí? Madre mía, sí que estás chalado. No sé qué hago aquí aún... En cuanto me termine el té, me voy, no vaya a ser que se me pegue algo.

—Mira, Sara..., si es que ése es tu nombre real. No hace falta que disimules más. Te he pillado, descubierto, llámalo como quieras, pero no es necesario que sigas fingiendo. Reconozco que me la he tragado entera.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando, pero, para que te sientas bien, admito que tu té está muy rico. Tenías razón, lo haces muy bien.

Bruno estaba estupefacto. ¡Qué buena actriz! Seguro que llegaría muy lejos.

—¿Dónde tienes el micro? —preguntó con la mano ya puesta en las solapas del abrigo de Sara.

—¡Si vuelves a tocarme, te muerdo!

—¡Hazlo! ¡A ver si tienes valor! No creo que quedase muy bien en tu programa de bromas.

—¿Qué programa? ¡Quita las manos de mi abrigo!

—¿Qué programa? ¡Pues el de bromas que estáis grabando a mi costa! ¡No pienso quitar las manos!

—¡O las quitas o te muerdo!

—¿Que tú me muerdes a mí? ¿Como si fueras un chihuahua histérico en medio de la grabación del *show*? No los tienes tú bastante grandes, guapa.

¡Ah! Eso sí que no. Con el tamaño de sus ovarios no se metía

nadie. Acababa de darle un siroco de los suyos, uno de éstos en los que perdía el control, pero del todo. Cabreada como una mona y con ansia viva por morderlo, lo agarró de la pechera de la camisa y aprisionó su labio inferior entre los suyos propios. La descarga de adrenalina fue letal.

Bruno acababa de marearse. Sara estaba mordiéndolo. En realidad, se parecía mucho a un beso, a uno de esos besos que hacían temblar hasta los dientes.

Le habría encantado descifrar qué pensaban las tontas de sus neuronas. A decir verdad, habría sido maravilloso saberlo, eso si es que pensaban, cosa que dudaba, porque le estaban dando el beso más explosivo de esta vida y de las siete anteriores.

La chica sabía besar, de eso no había ninguna duda.

—Espera, Bruno, ¿qué estás haciendo? —balbuceó Sara sin darse cuenta de que la que había comenzado todo aquello era ella.

—Preciosa, no tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero si algo tengo claro es que me gusta mucho lo que *tú* estás haciendo.

A Sara le encantó el piropo, además, los labios que le devolvían el beso sabían muy bien lo que hacían. Abrió la boca para recibir con más pasión el calor con el que Bruno le envolvía la lengua y gimió despacito, como quien tiene miedo de hacerlo más fuerte por si desaparece la magia. Envalentonada, hundió los dedos en el pelo canoso del hombre al que conocía desde hacía diez minutos y que, sin embargo, la besaba como si adivinara cada espacio de sus sueños.

Bruno, en cambio, no podía pensar. Hacerlo le habría supuesto un esfuerzo sobrehumano y ya bastante le estaba costando controlar el temblor de su cuerpo. ¿Qué estaba pasan-

do? Lo único que lograba discernir era que necesitaba sentirla más pegada a él. Supo que ella estaba en la misma onda cuando noto cómo amasaba su pelo y se aferraba a él con pasión. Nervioso, y con la capacidad de raciocinio bajo mínimos, la cogió por la cintura y la apretó contra él. Un solo gesto bastó para que Sara se acoplara, y entonces... el beso sí que fue explosivo.

—Suena el teléfono.

—No sé ni cómo me llamo, voy a saber dónde está el teléfono...

—Deberías cogerlo. Y te llamas Bruno —suspiró Sara, sin importarle demasiado que él prefiriera continuar con el beso. ¡Un momento...! ¿Beso? ¿Bruno?

—¡¿Me llamo Bruno?! —gritó él de repente.

—Por favor, ¡qué berrido! ¿Sabes que puedes matar a alguien de un susto?

Acababan de darse cuenta de lo que habían estado haciendo y, para ser honestos, los dos estaban muertos de miedo y medio ahogados.

—No puedo respirar —aseguró él mientras intentaba abanicarse con las manos.

—Eso es porque estás hiperventilando. ¿Tienes ansiedad? —Decir idioteces delante de él iba a terminar siendo deporte nacional, pero es que o hacía uso de ellas o se caía redonda.

Bruno la miró sarcástico. ¿Ansiedad? De eso nada, lo que estaba era tan excitado que apenas podía mantenerse de pie.

—Tampoco parece que tú puedas respirar genial. ¿Ansiosa, tal vez? —se jactó él sin poder evitar agachar la cabeza para sujetarse las rodillas. Acababa de darse cuenta de que tenía una potente erección que cualquier ojo humano podía ver sin esfuerzo alguno.

—Vamos, que sólo nos hemos besado; no irás a desmayarte por un beso, ¿no?

La ironía siempre le había funcionado muy bien. No era cierto que sólo se hubieran besado, de lo contrario, no se sentiría calcinada como si hubiera explotado en una especie de combustión espontánea.

Bruno levantó un poco la cabeza para mirarla y la erección se le pasó de golpe. Ahí estaba ella, tan fresca, como si no hubiese sucedido nada.

—No, sólo estaba comprobando si se me habían desatado los zapatos.

Era tonto de remate. No había otra explicación.